

## CACEREÑO

Raúl Guerra Garrido

Acompañado por Miguel Pelay Orozco, en 1972, visité por primera vez Itzea. Allí conocí a Julio Caro Baroja. Llevaba, como homenaje emocionado a la memoria de don Pío (íntimo amigo a quien jamás conocí en persona), un ejemplar de mi primera y reciente novela *Cacereño*. Hoy, como homenaje a don Julio, le ofrezco desde estas páginas un cuento del mismo título, *Cacereño*, la primera narración que publiqué en mi vida (de forma casi clandestina, por supuesto), germen de la novela. Pura pieza ya de arqueología literaria y, sin embargo, útil como recordatorio antropológico del problema de la integración de los emigrantes en el “laberinto vasco”, circunstancia que una política cultural/oficial no demasiado clarividente, por decirlo con buenas palabras, está poniendo en grave riesgo y sobre la cual se cierne el más absoluto de los silencios.

Llevaba dos mil kilómetros al volante; de ellos diez en España. Gainchurizqueta. ¡Qué nombre! Tendría que dormir en San Sebastián, no podía rodar ni uno más y mucho menos hasta Trujillo.

En el fondo estaba previsto. Vivían ya más en las Vascongadas que en el mismo pueblo. Incluso en Alemania. Por lo menos amigos y parientes suyos. Además era sábado; seguro que tropezaría con antiguas amistades.

Preguntó por el barrio. ¿Inchaurrondo? ¿Marruchipi? ¿Trincherpe? No. ¡No! Por fin lo localizó, había que subir a un monte serpenteando. Encendió las luces y las ratas dejaron de saltar entre los baches de la carretera. Los dientes de sierra de las fábricas iban quedando por debajo, todavía quedaba algún caserío aislado.

Sobre el bidón vértice de una pila, una mano piadosa había trazado la dirección con flecha y todo: A Extremadura, 1 Km. Iba bien. En efecto, allí estaba el barrio.

Relojería Hora y Oro. Bar Alaska. Peluquería Higiénica. Bar Txapel. El Recreo Instructivo, alquiler de novelas y tebeos. Bar Paco. Zapatería Mari. Bar-quito. Bar Riojano. Bar Placa. Etcétera.

Aparcó entre los camiones, junto a la acera de cáscara de huevo, chapa de gaseosa, peladura de patata y tierra apisonada. Sentía esa vaga sensación provocada por el retorno a la patria. Aquello estaba animado; sábado, sabadete, camisa nueva y polvete. El guardamontes, por si acaso, se retiró antes de la hora.

Tanto tiempo añorándolo y ¡qué raro le parecía ahora! Tenía que encontrar a alguien conocido para desahogarse. Seguro. Empezó por el Alaska.

Tinto. Así, por las buenas, sin rayita que marcase 100 ml. “Prohibido cantar bien y mal”. “Prohibido blasfemar sin motivo”. Lo del camello es el animal que más resiste sin beber.

—Porrón pon-pon, pompero, porrón pon pon.

El tocadiscos tragaperras soltaba cante. ¿Y por qué estaba contándoles cosas a aquel corro de tipos? El truco del doble embrague y acelerón no lo debía contar, corría el riesgo de que volviera aquel maldito cronometrador a tomarle tiempo, pero si no lo contaba no sabrían con qué habilidad manejaba aquella maldita máquina y sacaba prima. Además estaban muy lejos, por eso lo contaba.

El barrio tenía la animación propia de la noche del sábado. Cantidad de gente en la calle. Quizá es que no cupiese en los bajos inalquilables para tiendas. Los habilitaban en un domingo, tapiaban la fachada y dejaban dos huecos al exterior, uno para puerta y otro para ventilar el retrete, no quedaban mal si no fuera por la humedad. Pudiendo es mejor realquilar una habitación, así, además, ayudas a la patrona a pagar las letras del piso. Lo malo es tener familia, no caben. Para el piso lo malo es la entrada, el sueldo de un año, el resto son 240 cómodas mensualidades.

—La ley, Pancraccio, ¡cuánto tiempo!

—Ni idea de ti, chico.

—Sí, hombre, sí, es el Filogenio García, el “Vivín”, el hijo del “Vivo”, el enterrador.

—Jo, menudo tumbavasos, ¿sigues en forma?

—¡Está como nunca, está como nunca..., fundador!

—Venga, siga el rosario.

—Otra estación.

Entraron en el Riojano.

—La hincas, pero a lo señorito, limpieza, horas fijas, ya sabes... y al final los marcos. Un marco son muchas pelas, macho, como éstas.

El Pancracio empezaba a desbarrar y a exhibir un fajo de verdes. Dos años en Alemania sin vacaciones.

—Guarda eso, no cambie de color el semáforo.

—Hay que ir lejos, pero da pasta.

—¡Bah! No merece la pena, aquí hay curre del bueno y estás en la patria.

—En la patria de los patagordas éstos.

—Tié razón el Filo. Aquí tos somos cacereños, hasta yo que soy de Las Zorreras, provincia de Madrid, digo —el de Madrid provincia es el Paco.

—Y allí españoles, que es peor.

—Sois unos puñeteros manchurrianos. En Alemania, fuera del trabajo, tos señoritos. Es cuestión de pasta —el Pancracio continuaba agitando billetes de mil—. Invito. ¡Moza! Otra de lo mismo.

La moza volvió a llenar los vasos. De unos cuarenta, estaba de buen ver. Le dicen la Coreana.

—Está buena, la tía.

—Más que el pan.

—La muy cachonda padece de insomnio, no puede dormir sin hombre.

—El Trisajio está de pupilo con ella, cuéntales, hombre. Se lo quiere tirar y no se deja el so virgo.

El Trisajio, otro del corro, es un hombre recién salido de la mili. De Tiñosillos (Avila), no ve más allá de su torno y tiene que explicar por lo tanto su extraña postura.

—Tengo novia.

—La Coreana es el soplón de la poli en el barrio y como éste ha hecho trabajo fino de topero, tiene miedo de darle a la sin hueso.

—Mentira, además me acuesto con quien diga yo, no como un mandao.

—Si me cedes el puesto, acepto. Las alemanas suelen tener estas buenas costumbres también. ¡Otra ronda, que paga el chachi!

Se bebe mucho. Es una forma como otra cualquiera de apurar el momento presente. Los tocadiscos no paran con su flamenco de vía estrecha. Las risas son más altas. Las chavalas de los bares ya no se molestan en protestar cuando les palmean el lomo.

—Vamos, nena, te mueves menos que el salario base.

La barriada, urbanización incluida, es obra de un contratista privado, por eso las farolas están esperando aún la corriente oficial. Es la una. Esta muy oscuro.

Todos los establecimientos tienen que cerrar a esa hora. Por el puerto sube una marea humana rebotada desde el centro de la ciudad cierre tras cierre. En el barrio no cierran hasta la madrugada.

—¿Y de mujeres, qué? En Alemania los sábados...

—De eso. nada. Tú le has hecho más competencia a los monos que un loco, no marques faroles.

—¿Estriptis?

—Si ponemos veinte duros cada uno seguro que se nos desnuda la del Bar-quito.

—La gorda ésa pa su padre.

—¿No hay fulanas?

—Están carísimas. Además hay que coger un taxi y con plástico ir al monte. Está húmeda de miedo la hierba.

—Yo tengo coche, alemán, vamos.

—Ni hablar, hombre.

—Si es por dinero, yo tengo. Se pregunta, ¿cuánto vale tu cuerpo? Por tantos, tanto.

El Pancraccio se ponía pesado, venga a sacar el dinero y el alemán. A los que quedaban en el corro se les estaban hinchando las narices. A todos les había pegado el tinto.

—Es un idioma exacto, de precisión, perfecto. No se entiende nada.

—Pues el vasco, ni potorro.

—Desgraciados, obreros, no los tenéis lo bastante grandes para emigrar de veras. Aquí sois parientes pobres y nada más.

—Allí serás rico.

—Lo suficiente para invitaros a tía. Vamos fuera.

Salieron. Discutían en una esquina solitaria, a voces, sobre la música del porrón pon-pon y bajo el sueño no conciliado de las ventanas.

—Pancraccio, eres un cabrito —dijo el “Vivín”.

—Y tú un muerto de hambre.

—Guárdate la tela o no respondo.

—¿De qué, chalao?

—De quedarme con ella.

—Un respeto, amigo.

—Cabrito, es lo que eres. ¿Qué pretendes? ¿Presumir de cerdo rico? ¿Con unos tiraos como tú? Tos somos iguales, ese dinero no basta para que tu madre deje de disputar bellotas a tus semejantes. Lárgate, ya tenemos bastante con los de ahí abajo.

Señalaba hacia la ciudad. Entre los montes la noche quedaba rota por la iluminación de la bahía. El resplandor verde hierba y sepia roca hacía fácil imaginar los yates anclados en La Concha.

—Los que quieran retozar una moza que me sigan. Invito yo.

Sólo quedaban el “Vivín”, el Trisajio y el Paco. El “Vivín”, fuera de sí.

—¡Cabrito! ¡Venga la mosca!

—Imbécil, sigues siendo un piernas.

—Te voy a romper el alma.

El Pancraccio vio venir sobre sí a “Vivín”. Y a los otros dos. El recuerdo de cuando los italianos de la Krafftmaschinenwerke apalearon al turco le despojó de media papalina. Estaban borrachos. Apoyó la espalda en la pared y montó la guardia clásica. Le rondaron buscando un hueco.

—Dale.

—Dale, tú.

—¡Ahora!

—¡Fuerte!

—¡Toma castaña!

Tardó un cuarto de hora en caer al suelo. Le patearon hasta que dejó de agitarse.

—¿Muévete, marica!

—¡Quietos! Este tío no respira.

—¿Qué? No preñes.

Le auscultaron atentamente. No oían nada.

—A éste se le ha roto la tabla del pecho, el cajón de los mecanismos y la biblia en pasta.

—Nos lo hemos cargao.

—Pero...¿por qué le pegamos? Yo no quiero. Si me parece un tipo estupendo —dijo el Trisajio. Le temblaba la voz, quizá llorase dentro de poco.

—Pues te lo has cargao. Tú, tú y yo —dijo el “Vivín”. Es ya jefe del involuntario grupo.

—¿Qué hacemos?

—Lo llevamos al cuarto de socorro.

—¿Para qué? Ya entregó.

Silencio. El “Vivín” giró sobre sí mismo una vuelta completa inspeccionando ventana por ventana.

—No nos ha visto nadie.

—No pué ser. Menudo follón hemos armao.

—A estas horas no se distingue un cura en un montón de cal —razonó el “Vivín”—, pero una se puede ir de la muy, la Coreana. Tú la achantas y aquí no se entera ni Diógenes.

—¿Qué? —preguntó el Trisajio a la defensiva.

—Te acuestas con ella, ¿no es eso lo que busca? Una cosa por otra.

—No está bien.

—¿Está bien matar a un tío? ¡Cabrito! ¡Harás lo que diga!

—A lo mejor no está muerto.

—No, está así para ponerse moreno. ¡Te la beneficias o no? Son cien años de cárcel.

—Sí, claro.

—Entonces sólo queda el repartirse la pasta y asunto concluido.

—Eso es robar.

—¿Te importa ahora? Está muerto, ¿te enteras? Si nos pillan la hemos pringao pa siempre, ya me contarás la explicación.

—Fue sin querer.

—Hay que aprovecharse, atontao. Podrás mandar dinero a casa, pagarles un viaje de turistas a los viejos pa que te vean, comprarte una moto, una tele, ¡yo qué sé!

El “Vivín” y el Paco registraron al pobre Pancraccio sin muchos miramientos. El Trisajio sintió náuseas al coger su parte, pero la dobló con cuidado antes de guardarla.

De todas formas iba a vomitar, se apoyó en una furgoneta para hacerlo más cómodo y notó cómo un espíritu maligno le recomendaba desde la pegatina de información y turismo: ¡Sonría, por favor!